

José Rubén Romero Galván

“La provincia de Santiago de México: Hernando de Ojea”

p. 1029-1036

Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española
Tomo 2: Historiografía eclesiástica

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo

(coordinación general)

Rosa Camelo y Patricia Escandón

(coordinación del volumen II)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2012

1455 p.

ISBN-13 978-968-36-4992-8 (obra completa)

ISBN-10 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN-13 978-607-02-3388-3 (volumen II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_02_02/historiografia.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

CRÓNICA PROVINCIAL DOMINICANA



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



LA PROVINCIA DE SANTIAGO DE MÉXICO: HERNANDO DE OJEA

JOSÉ RUBÉN ROMERO GALVÁN*

Fray Fernando de Ojea nació en Orense, Galicia, se supone que alrededor de 1560. Vivió en Málaga y pasó a Nueva España donde tomó el hábito de Santo Domingo. Profesó en esta orden en la fiesta de san Vicente Ferrer de 1582, aproximadamente un año y medio después de que lo hiciera fray Agustín Dávila Padilla. En 1583, ambos figuran en las actas capitulares de la provincia de Santiago de México, como acólitos. Sabemos por fray Alonso Franco que Ojea se trasladó el año siguiente al Colegio de San Luis Rey en Puebla, donde según algunos piensan permaneció hasta su ordenación sacerdotal que debió recibir alrededor de 1588.

En las actas de 1608 se le encuentra asignado al convento de Santo Domingo de México y en las de 1610 se da cuenta de su aceptación al magisterio en Teología y de su traslado al convento de La Piedad Atlaxuca, fundado en las afueras de la ciudad de México como casa de estricta observancia. Fray Fernando de Ojea murió en el convento de Santo Tomás de Madrid en agosto de 1615.

Se dice que la época en que se formó Fernando de Ojea fue de gran florecimiento en los estudios dentro de la Orden de Predicadores. Por ese tiempo figuran como maestros dos importantes teólogos que dieron lustre a la ciencia sagrada tanto en el convento de Santo Domingo como en la Universidad, se trata de fray Diego de Osorio y fray Pedro de Pravia. Se sabe por él mismo, que aprendió la lengua náhuatl de fray Francisco de Loaysa, considerado un gran conocedor de este idioma. Estas referencias, si bien es cierto son aisladas, si se les considera a la luz de la obra de Fernando de Ojea, cobran importancia pues dan cuenta de la calidad de la formación que recibió este fraile en el seno de su orden.

La producción de Fernando de Ojea es ciertamente amplia. Se sabe al menos de seis obras:

*Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

La venida de Cristo y su vida y milagros: en que se concuerdan los dos testamentos divinos Viejo y Nuevo. Esta obra fue publicada en Medina del Campo en 1602 y aunque el tema principal es el que se anuncia en el título, el autor vierte a lo largo del texto muchas noticias referentes a Nueva España.

Libro tercero de la Historia religiosa de la provincia de México de la Orden de Santo Domingo. Permaneció inédita hasta fines del siglo pasado. El autor la pensó como continuación de la *Historia* de Dávila Padilla compuesta por dos libros. Esta obra será el objeto de análisis en este trabajo, pues corresponde de manera indudable a la categoría de las crónicas provinciales.

Historia del glorioso apóstol Santiago, patrón de España: de su venida a ella, y de las grandezas de su Iglesia y Orden Militar. El autor concluyó esta obra en 1604, estando en Santo Domingo de México, y salió a la luz en Madrid precisamente en 1615, año en que, como quedó dicho, Ojea murió en esa ciudad. Al abordar, en el capítulo 42 el tema del patrocinio con el que Santiago favoreció a los ejércitos españoles durante sus campañas. Ojea se ocupa de la Conquista de México y de las acciones militares que Juan de Oñate realizaba en Nuevo México en 1602. Podría decirse que esta obra responde tanto al ser gallego del autor, pues es en aquella provincia donde se dice que reposan los restos del apóstol, como al sentimiento de pertenecer a una nación conquistadora cuyos frutos eran precisamente las colonias de América.

Tratado de la nobleza de España. Esta obra no se ha publicado y no hay noticias de su existencia, salvo la que refiere fray Alonso Fernández en un catálogo de escritores dominicos publicado junto con su *Concertatio predicatoria* en 1618.

Historia general del Reino de Galicia. La menciona el autor en la *Historia del glorioso apóstol*, que tenía ya escritos veintiséis libros. No se sabe si la concluyó y por supuesto son materiales que quedaron inéditos. Una vez más es el terruño del autor el que posiblemente hablaba a través de esta obra para nosotros desconocida. *Mapa geográfico del reino de Galicia*. Ojea dedicó este mapa al conde de Lemos e hizo que lo grabara Juan Bautista Urint en Amberes, con el fin de incluirlo en la edición de la *Historia general del Reino de Galicia*. Este mapa fue reproducido varias veces en distintas colecciones cartográficas durante el siglo XVII.

Ya la simple mención de los trabajos salidos de la pluma de Fernando de Ojea nos permite percibir en él tres facetas de su personalidad que no es posible soslayar: fue un español interesado por la nobleza y las conquistas de la metrópoli, fue un gallego orgulloso de la historia del reino donde nació y fue un fraile dominico de la provincia de Santiago de México.

Ojea debió ocuparse, desde finales del siglo XVI hasta los primeros años de XVII, de escribir el *Libro tercero de la Historia religiosa de la provincia de México de la Orden de Santo Domingo*. Para entonces no se había completado aún el primer siglo de vida novohispana ni, por supuesto, de la llegada de los primeros frailes predicadores a estas tierras. Por ese tiempo, en 1596, salió de las prensas la obra de su hermano de orden, fray Agustín Dávila Padilla, *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores por las vidas de sus varones insignes y casos notables de Nueva España*, compuesta por dos libros. Tanto el título que dio Ojea a su obra como su contenido están vinculados con la historia escrita por Dávila Padilla, pues si a ésta la forman dos libros en los que se refiere el devenir de la provincia de Santiago, la pretensión de nuestro autor es su continuación, de allí el que la nombrara *Libro tercero...* y que lo que en ella se relata pretenda completar, hasta el tiempo de su elaboración, lo escrito por Dávila Padilla.

La finalidad primaria de fray Hernando de Ojea, al continuar la obra iniciada por su hermano de orden, fue la de dar cuenta de la vida de aquellos frailes dominicos que se distinguieron por una completa observancia, apegada a las constituciones de la orden, y un cúmulo de virtudes, en los casos en los que esta observancia fue a tal grado perfecta que significó un radical seguimiento de Cristo. Y ello con el objeto de que esos testimonios no se perdieran y fueran ejemplo y motivo de edificación para sus hermanos de religión. Así en la dedicatoria que hace de la obra para su provincial y “los demás padres y hermanos amantísimos desta provincia de Santiago [...]”, declara:

quise con estos escritos satisfacer a mi obligación, y en alguna manera a la de toda esta Provincia. Lo cual sirva solamente de despertar sus grandes ingenios y el gusto de la caridad cristiana; para que prosigan el intento y estimen estas cosas que son, suyas propias y honra suya [...].

En el “Prólogo al lector”, Ojea expresa con otras palabras, más directas quizá, esta misma idea referente a la edificación de las almas de sus lectores: “Y también para ejemplo nuestro y de los que entre nosotros se van criando: para que de las virtudes y santidad de nuestros padres y maestros, saquemos nosotros sus hijos y discípulos, lo que conviene para nuestra reformation, vida y costumbres [...]”.

El *Libro tercero de la historia religiosa...* consta de treinta capítulos que muy bien pueden ser divididos en tres órdenes. Primero, los iniciales en los que el autor describe prolijamente el escenario donde tuvieron lugar las vidas edificantes a las cuales se referirá; describe la

ciudad de México, la iglesia y convento de Santo Domingo de la urbe novohispana y da cuenta de la consagración del templo y sus campanas. Segundo, que constituye el grueso de la obra, es el relato de las vidas llenas de ejemplo, virtud y santidad de cincuenta y un frailes, en su inmensa mayoría españoles, y también casi todos miembros, en algún momento, de la comunidad del convento de Santo Domingo de México. Finalmente, existen otros capítulos, pocos, como los que corresponden al primero de los órdenes, que hemos propuesto, en los que el autor se aplica a dar cuenta de hechos curiosos, y otros acontecimientos importantes para la vida de la provincia de Santiago.

Por lo que respecta al orden de la información con que presenta a cada uno de los frailes que componen su elenco, debe señalarse que hay datos que regularmente aparecen: fecha y lugar de nacimiento, fecha y lugar de la profesión religiosa y por supuesto la fecha de la muerte, además de la relación de virtudes y bondades con las que cada fraile se distinguió como religioso dominico y que lo hicieron digno de ser considerado ejemplo para sus hermanos.

Los tres capítulos iniciales, aquellos que corresponden al primero de los órdenes con los que hemos descrito la obra, refieren, como quedó dicho, el escenario donde los actores que participan en la crónica se movieron e hicieron de sus vidas un ejemplo. La ciudad de México y sus alrededores son objeto, en el primero de ellos, de una detallada relación donde se pondera desde las bondades de su clima hasta la belleza que caracteriza a sus plazas, templos y palacios, sin dejar de lado las pródigas calidades de los terrenos de cultivo que la rodeaban más allá de los lagos y de las umbrosas huertas que se situaban en sus contornos, así como, y esto es significativo, la existencia de un gran número de conventos, monasterios y colegios. Con todo ello es claro que la capital de Nueva España ofrecía una calidad de vida, material y espiritual, apropiada para que en ella fructificara la virtud y la santidad, que son el objeto principal de observación de Ojea a lo largo de su obra. El segundo capítulo da cuenta con gran detalle del magnífico convento de Santo Domingo y de la iglesia cuya última fábrica aún permanece. Las diferentes dependencias del convento descritas en este capítulo vienen a la mente del lector cuando Ojea va recreando la vida de los frailes virtuosos que allí vivieron. Las capillas, la biblioteca, los dormitorios, el refectorio, la enfermería, las cocinas, la huerta, aquí descritas, cobran vida cuando los frailes que forman el elenco de la historia, se mueven, circulan, viven en cada uno de esos lugares.

El capítulo tercero lo dedica Ojea a la consagración de la iglesia de Santo Domingo y las campanas que se colocaron en sus torres. Con ello quizá Ojea buscaba dar otro elemento que ayudara a explicar

las virtudes de los cincuenta y un frailes que desfilan por su obra. La iglesia consagrada con todo el rigor litúrgico bien podía considerarse como ahuyentadora del mal, de igual forma que, según él lo refiere, las campanas también consagradas mantenían a distancia las tempestades con su sonido.

A partir del capítulo cuarto, Ojea se aplica a lo que podríamos llamar el “tratado de la virtud”. El tema de este capítulo es pertinente para esos empeños, pues en él el autor aborda lo concerniente a un enemigo terrible de las virtudes, el escrúpulo que, escondido tras las preocupaciones por alcanzar la perfección en esta vida, prepara los cimientos de la vida virtuosa, llenándola de temores infundados que sólo conducen a la perdición del alma. Para ello, Ojea toma como ejemplo lo sucedido a un novicio, cuyo nombre omite, aquejado de este mal espiritual cuyo origen es el demonio. Con todo esto Ojea deja en el lector la seguridad de que las vidas cuyo relato a continuación leerá se apegan en todo a la virtud y no deben parecer sospechosos de escrúpulo, pues el autor ha estado atento a ello.

Las vidas de los santos varones, que en su inmensa mayoría ocupan los capítulos siguientes, van de la observancia estricta, ejemplo a seguir, a la santidad, modelo de vida para los frailes dominicos. Estos hombres virtuosos objetos de observación en tales capítulos aparecen según el orden de su nacimiento verdadero, esto es según la fecha de su muerte, de su entrada a la morada celestial, nacimiento a la verdadera vida.

Cada uno de los frailes de este elenco conserva en la obra la personalidad que lo caracterizó durante el tiempo de su vida en la tierra, pero todos comparten un afán común: ser observantes de la ley de Dios y de la regla y constituciones de la orden. Sobre esta base se fincan virtudes compartidas por todos. La caridad, la obediencia, la castidad, la pobreza, la templanza y todo ello logrado no sin esfuerzo y con ayuda de la oración y la contemplación. Y no faltó entre ellos alguno que, buscando imitar a Santo Domingo, se negara a dormir en la celda para él asignada y lo hiciera en cualquier lugar, siguiendo al pie de la letra las palabras del Evangelio según las cuales Cristo invitaba a sus discípulos a seguirlo renunciando a todo incluso a un sitio donde reposar la cabeza.

Esta parte de la obra es la más importante por ser aquella donde el autor cumple los fines para los que escribió su obra: la edificación de sus hermanos de orden a través de las vidas ejemplares de aquellos frailes que seguramente ya disfrutaban de la gloria celestial.

Algunos capítulos inmersos en esta parte así como los dos últimos parecen apartarse de estos objetivos del *Libro tercero*. En uno de ellos refiere la fundación del convento de La Piedad de México, casa de

estricta observancia, calidad relacionada con la edificación espiritual, por lo que posiblemente encontró de toda pertinencia incluir en su historia el relato correspondiente; en otro capítulo refiere la separación de las Provincias de Santiago de México y San Hipólito de Oaxaca. Por lo que toca a los dos últimos, en el XXIX da cuenta de la fidelidad de un perro que cuidó del sepulcro de su dueña en la iglesia de Santo Domingo hasta que encontró también la muerte, y en el XXX trata de los milagros que san Jacinto de Cracovia, canonizado apenas en 1594, había ya obrado en Nueva España.

Es de considerarse que cuando haya avanzado más el análisis de la obra, estos capítulos, aparentemente desvinculados del resto de la obra, encuentren mayor coherencia respecto de los demás que componen el *Libro tercero*.

Por ahora, caben, para concluir, algunas reflexiones con carácter aún provisional: la obra de Ojea al dar cuenta, a través de las vidas edificantes que relata, de los ideales de un instituto religioso como lo fue la Orden de Predicadores en Nueva España, en una época hasta cierto punto crítica para los misioneros, pues aunque el proceso de evangelización no estaba aún concluido, habían ya surgido los grandes conventos que retenían en las ciudades a un número importante de religiosos alejándolos de las tareas que durante las primeras épocas de la evangelización habían sido realizadas por los frailes, viene a ser un testimonio de incuestionable valor para conocer con cierto detalle la vida intramuros del convento y saber de las actividades que allí retenían a los religiosos. Es un hecho que en su gran mayoría los santos varones que aparecen en esta historia llevaron una vida que podría parecerse más a la de los monjes que a la de los miembros de una orden mendicante como la de Santo Domingo. Respecto de esta realidad, Ojea parece asumir una actitud dócil, pues la acepta, a diferencia de fray Diego Durán, quien a través de su obra, escrita veinticinco años antes, muestra el camino por el que él creía que podían continuar los trabajos de la evangelización en Nueva España.